

"Vida Nueva", Madrid, 4 marzo 1922)



COLABORACIONES DE "VIDA NUEVA"

APASIONAMIENTO Y PASIVIDAD

«Está apasionado»—decía de mí hace pocos días a uno de mis amigos uno de los actuales consejeros... ¿Consejeros? ¡No! Sino ministros de la Corona. Porque consejeros no son, pues que no aconsejan. «Está apasionado» ¡Pues claro! Y a ello, a mi pasión, se debió lo que logre sobre el ánimo de mi pueblo. Que es más, mucho más, de lo que se figuran los que pretenden acallarme por ciertos medios.

Pero hay, señor mío, dos clases de pasiones: las que podríamos llamar activas y las pasivas. Parece que toda pasión debería ser pasiva, ya que «pasión» y «pasivo» derivan ambos de un mismo verbo, que quiere decir padecer, y que el sujeto de pasión debería ser receptivo. Pero no es así. Llamamos pasiones a verdaderas acciones.

Ya los griegos, refiriéndose a la pasión del amor, que es acción, distinguían en ella el amante y el amado. En el amante, el amor era acción; en el amado, era pasión. Pero no en el sentido en que el susodicho ministro pretendía. La pasión del amado, digámoslo así, no le sorprende. Es lo corriente. Es lo que está acostumbrado a ver. Es lo ordenado.

Me dicho muchas veces que no es el amo el que hace los esclavos, sino que son los esclavos los que hacen al amo; que el hombre es servil por naturaleza, y sólo la historia le hace libre cuando le hace tal. El primer limpiapotas lo fué por vocación, y anduvo buscando a quien limpiárselas.

Los más de los tiranos han sido tiranos a la fuerza. Y lo mismo los déspotas. Cuando vimos el «Es mi hombre», de Arniches, pensamos que una cosa así podría aplicarse a esos desgraciados a quienes la parte imbécil del pueblo que repite que aquí hace falta un hombre les llega a hacer creer que son el hombre que dicen que hace falta. Es como el poder personal de las personalidades de préstamo, de aquellos a quienes se les atribuye o presta una personalidad representativa de que carecen.

Y estos déspotas a la fuerza sí que son hombres de pasión; pero de pasión pasiva, no de aquella a que el ministro se refería. Y cuando se encuentran dos hombres pasivos y el uno se empeña en someterse al otro, el encuentro suele ser verdaderamente trágico.

¿Que estoy apasionado? Evidente. Pero no por lo que ese señor ministro se figura, no! Sé individualizar los universales y sé universalizar los individuales. Y sé hablar, señor ministro; sé hablar. No después de comer, que suele ser mala ocasión para ello. No conviene hablar con el estómago demasiado lleno. Se habla mucho mejor estando en ayunas.

Pasión, ¿eh? ¿Pasión? En el sentido noble, viril, activo, pasión y verdadera pasión; no en el sentido etimológico; no en el sentido de pasividad. La pasividad es decirse liberal, y demócrata y ministrar en este Ministerio de sumisiones y clandestinidades, en este Consejo, que no aconseja, que no se atreve a aconsejar. La pasividad es decirse liberal y demócrata y tolerar que siga la suspensión de garantías y que se siga haciendo presos gubernativos y que siga en vigor esa monstruosidad jurídica de considerar delito de estafa el cobrar cuotas de Sindicatos. Y para comprender que esto es una monstruosidad, no hace falta ser licenciado en Derecho; basta con ser persona de mediano buen sentido. De mediano buen sentido y de conciencia liberal. Y el tolerarlo es pasividad y en el peor sentido de esta palabra. El formar parte de un Gobierno que tolere esa monstruosidad es ser pasivo sin ser apasionado.

Porque se concibe el apasionamiento por la represión, y ese suele ser acción. Hay, aunque pocas, muy pocas, almas de déspotas. Déspotas por vocación, de nacimiento, que suelen resultar los más soportables. Como que cogen asco a los que se les someten. ¡Pero los otros!... ¡Los déspotas a la fuerza!... ¡Y sus criados!...

Hay, señor ministro, repito, apasionamiento y hay pasividad. El apasionamiento es activo, y habla; la pasividad es pasiva, y come y calla.

En cierta ocasión, hace cosa de siete años y medio, dijo de mí otro ministro de la Corona, y lo dijo desde el banco azul del Congreso, que si yo no fuese como soy me habría ya sentado en aquel banco. ¡Claro! Si fuese pasivo en vez de ser apasionado. ¡Pero como eso de sentarme me gusta tan poco!... Se está mejor de pie. El pobre diablo, por otra parte, parece que quería dar a entender que el sentarse allí es un gran honor. Y hay quien por conseguirlo deja que se sienten sobre él. A lo que a las veces se le suele llamar sacrificarse.

¡Sacrificarse! Y ahora se me ocurre decir algo sobre los sacrificios de cochinos que se están llevando a cabo en Riofrío. Hace unos años se les hacía pasar por el aro a los cochinos en la Casa de Campo; ahora se hace con ellos mondongo en Riofrío. Lo uno era acaso preparación para lo otro. Y los cochinos se dejan sacrificar patrióticamente. Dirán acaso que hay que dar la vida por la patria. Los cochinos, además, están libres de apasionamientos.

Sobre esto de los cochinos se me ocurre, además, algo que hace unos años oí de ciertos labios autorizadísimos acerca de la metempsicosis; pero el tema es algo escabroso y resbaladizo, y será mejor dejarlo para otro día.

Miguel DE UNAMUNO

